

# LA LUCHA DE CLASES EN LA SOCIEDAD MUNDIAL

JOAN ALBERT VICENS

*¿Se puede hablar aún de lucha de clases en el sentido que este concepto ha tenido para la izquierda en las décadas anteriores? ¿Es que el naufragio que han padecido las izquierdas se llevó al mar de los anacronismos la teoría de las clases, hasta hace unos años la piedra angular de cualquier discurso de izquierda acerca de la coyuntura, las estrategias y los objetivos de la acción transformadora? ¿Podemos hablar de lucha de clases en el contexto de la sociedad mundial, donde se contraponen claramente los intereses de los trabajadores de una parte y otra del planeta? En las páginas que siguen intentaremos mostrar que sólo se podrá conceptualizar con rigor el evidente conflicto de intereses entre los pobres y los privilegiados de la sociedad mundial a partir de un nuevo marco teórico donde se redefinan los conceptos de clase social, explotación, sociedad e historia.*

## 1. Praxis abandonada, teoría caduca.

El *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels comienza con una afirmación teórica: “Toda la historia humana es, hasta el día, una historia de lucha de clases” y acaba con una llamada a la acción revolucionaria: “¡Proletarios de todos los países uníos!”. No es extraño. El marxismo es una *teoría* de la sociedad y de la historia estrechamente vinculada a una *praxis* revolucionaria que pretendía la superación del capitalismo y la construcción de una sociedad sin clases.

Para muchos, el hundimiento del bloque socialista, la expansión mundial del capitalismo y el abandono generalizado de las estrategias de lucha inspiradas hasta ahora en la tópica marxista deben comportar también el descrédito definitivo del grueso de las teorías marxistas y entre ellas la doctrina central de la lucha de clases.

Desde el bando liberal lo sucedido confirma el carácter quimérico del marxismo y, según escribe M. Vargas Llosa, la *idiotéz* incurable de quien continúe manteniendo las principales tesis marxistas<sup>1</sup>.

Por otro lado, en la izquierda latinoamericana antaño revolucionaria se consolidan tendencias socialdemócratas que, habiendo renunciado a la lucha armada y a la idea de revolución, prefieren reconocer -como hace el ex-dirigente guerrillero salvadoreño Joaquín Villalobos- las virtudes del mercado y la necesidad del derecho a la acumulación como principal inductor de la producción de riqueza, base material para una posterior redistribución<sup>2</sup>. Desde esta perspectiva reformista,

la izquierda debe optar sin complejos por los agentes económicos capaces de crear riqueza (empresarios, multinacionales...) en detrimento de las clases más débiles (desempleados y marginados), y debe plantearse el objetivo no ya de sustituir el capitalismo sino de atemperarlo mediante políticas sociales redistributivas al estilo de las socialdemocracias europeas. Este, se supone, es el camino más realista y más prometedor para la izquierda; es más, hay quien asegura que los valores de la socialdemocracia que esgrime esta nueva izquierda van impregnando paulatinamente las declaraciones y algunas de las actuaciones de los mismos gobiernos y las instituciones (Banco Mundial, FMI...) que hasta hace poco sólo sabían de crudo neoliberalismo: "las ideas de la izquierda comienzan a remontar la cuesta de la hegemonía cultural en América Latina (...) Lo más probable es que las ideas de la izquierda avancen aunque sus resultados electorales permanezcan insuficientes para permitirle dirigir un gobierno", escribe Jorge Castañeda<sup>3</sup>. Es como si el nuevo discurso estuviera triunfando incluso en el corazón del adversario.

## 2. Algunas objeciones a la teoría marxista de las clases sociales.

La teoría de las clases forma parte del núcleo del marxismo a pesar de que no encontramos en Marx una doctrina inequívoca sobre las clases sociales.<sup>4</sup> A menudo Marx explica que lo que da *contenido* a una clase social es la posición compartida por muchos en el sistema productivo, un estilo de vida, una cultura, unos intereses comunes; otras veces añade que lo que constituye *formalmente* una clase social es la *conciencia* de poseer en común tal lugar en el sistema productivo, tal género de vida, cultura e intereses. Sin embargo, lo específico del análisis marxista no está en el reconocimiento del carácter clasista de la sociedad capitalista y de otros sistemas sociales, sino en la conceptualización del sistema de clases como *lucha inevitable* entre explotadores y explotados y en el uso del concepto de *lucha de clases* como la clave de explicación de todos los dinamismos sociales.

Según Marx las clases sociales aparecen cuando la división del trabajo permite un incremento significativo de la producción y con ello, se da la posibilidad de que una minoría se apropie de los excedentes y de los medios de producción.. Esa minoría de propietarios establece con el resto de los productores una relación de explotación que, en el capitalismo, adquiere su máxima crudeza. El burgués se hace con las plusvalías generadas por el trabajo obrero; el obrero se aliena en su trabajo de la manera más absoluta: el objeto de su trabajo no le pertenece, el trabajo no tiene nada de creación personal, no dignifica al obrero sino que lo va destruyendo corporal y espiritualmente, no le proporciona nada más que los medios de sobrevivir con el fin de continuar trabajando para otro; en el capitalismo la vida del obrero tan sólo es un *gasto* de la producción que hay que intentar ajustar siempre a la baja<sup>5</sup>. Por todo ello, capitalista y obrero se definen el uno por oposición

al otro, uno gana lo que el otro pierde, sólo pueden existir luchando el uno contra el otro.

El análisis de la forma en que se desarrolla la lucha de clases en la sociedad capitalista le permite a Marx realizar unas previsiones sobre el desarrollo futuro del capitalismo: debía producirse, según él, la máxima polarización del sistema de clases, la mayor concentración y centralización de la propiedad y la consiguiente depauperización de las masas obreras, agudizada por las crisis periódicas que sacuden el mercado capitalista. Esos fenómenos debían favorecer el desarrollo de una conciencia revolucionaria entre el proletariado y el estallido revolucionario que diera lugar a una sociedad sin clases. Según Marx, era en los países de *capitalismo maduro* (los más industrializados, los más polarizados socialmente, con una clase obrera más amplia, sensibilizada y organizada...) donde se darían las condiciones idóneas para una revolución proletaria.

Sin necesidad de esperar a la hecatombe socialista, muchos estudiosos de la realidad social ya cuestionaron hace tiempo la validez de todas estas previsiones en lo que respecta al capitalismo desarrollado (neo-capitalismo) de la segunda mitad del siglo XX. Referimos las objeciones más interesantes para nuestro tema:

1ª) Marx había puesto en la propiedad privada el fundamento del sistema de clases. Pero resulta que en la sociedad que emerge de la segunda gran revolución tecnológica el poder efectivo ya no está claramente en manos de los propietarios de las empresas -la multitud cambiante de accionistas privados e institucionales-, y ni siquiera de los gerentes, sino de los técnicos, los que disponen del conocimiento y la información<sup>6</sup>.

2ª) La teoría marxista pronosticaba que la maduración del capitalismo comportaría la simplificación máxima del sistema de clases, reducido a la mera oposición entre burguesía y proletariado. Las llamadas clases subalternas (las clases medias, las clases residuales del sistema anterior, etc.) se diluirían en el proletariado dando lugar a un sistema dicotómico; se debía producir una asimilación de los trabajadores no manuales a los manuales, todos ellos convertidos en meros *vigilantes de máquinas*. Sin embargo, en las sociedades más avanzadas, el capitalismo ha dado lugar a una sociedad muy diversificada, donde las clases medias formadas por todo tipo de trabajadores de cuello blanco, profesionales liberales, técnicos especialistas, comerciantes, pequeños empresarios del sector terciario, etc. no han quedado asimiladas a la clase obrera, sino que han ido creciendo y diferenciándose de los trabajadores menos cualificados consiguiendo un buen nivel de bienestar y un papel social preponderante.

3ª) Marx suponía que el proletariado, cada vez mayor, viviría un proceso de depauperización progresiva, que afectaría particularmente al ejército industrial

de reserva<sup>7</sup>. Sin embargo, para desmentir este pronóstico se argumenta que allí donde el capitalismo ha adquirido un mayor desarrollo ha mejorado también substancialmente la situación de las clases trabajadoras, que han visto aumentar su capacidad de consumo, que han podido acceder a servicios básicos gratuitos de salud y educación y disfrutar de protección por desempleo, pensiones de jubilación, etc.

4ª) De acuerdo con las previsiones marxistas, las crisis periódicas que sacudían a cada tiempo las sociedades capitalistas, el aumento de la pobreza del proletariado, las posibilidades de organización que concede la democracia burguesa, entre otros factores, suscitarían en la clase obrera una conciencia de sus intereses y de su tarea histórica. No obstante, lo cierto es que no se ha producido ninguna auténtica revolución socialista en un país capitalista avanzado<sup>8</sup>, sino en sociedades catalogadas como pre-capitalistas (casi sin proletariado y sin burguesía, con mayoría de campesinos, poco industrializadas...), y que en esas revoluciones el ingrediente nacionalista y anti-imperialista ha sido tanto o más importante que la pura conciencia revolucionaria de clase. Además, en las sociedades capitalistas desarrolladas el conflicto de intereses entre trabajadores y empresarios no ha dado lugar a situaciones explosivas, sino que ha sido canalizado institucionalmente, incluso en las épocas de más dificultades, mediante los sindicatos, el reconocimiento del derecho a la huelga, los convenios colectivos, la legislación laboral, etc. La paz social se ha conseguido casi siempre por la vía de los acuerdos salariales y no porque la clase obrera haya conquistado alguna cuota de poder sobre los medios de producción. Por todo ello, dirá Fukuyama, profeta del final de la historia, “el problema de las clases se ha resuelto con éxito en Occidente”<sup>9</sup>.

Las dificultades del marxismo para explicar lo sucedido en los países capitalistas más desarrollados ha dado alas a quienes analizan la situación desde esquemas liberales y modernizantes. De acuerdo con ellos, los países “avanzados” representan el nuevo capitalismo capaz de superar por sí mismo la lucha de clases y de ofrecerse como la alternativa que clausura la historia. Para el Primer Mundo, la historia habría acabado. La situación de los pueblos pobres se explica como “atraso” en relación a los países “modernos” o “avanzados”; para subir al tren del desarrollo económico sería imprescindible que efectuaran reformas internas. Las recetas neo-liberales de las instituciones rectoras de la economía internacional (BM, FMI) les marcarían el camino a seguir para integrarse plenamente en el mercado mundial. Sería importante, al mismo tiempo, acabar con los sistemas políticos corruptos y, más aún, con las inercias culturales (mentalidades “arcaicas” que se oponen a los dinamismos del mercado...), que muy a menudo han lastrado el progreso del Tercer Mundo. Vargas Llosa recuerda con evidente complacencia la escalofriante afirmación del economista

norteamericano Harrison: “el subdesarrollo es una enfermedad mental”. Nada nuevo: la pobreza material sería una vez más resultado de la pobreza espiritual. Sin remedio para la segunda pueden fracasar todas las recetas implementadas contra la primera. Por eso Vargas Llosa propone como medicina “un gran debate que dé fundamento intelectual, sustento de ideas, a ese largo y sacrificado proceso de modernización del que resultan sociedades más libres y más prósperas y una vida cultural con una cuota nula de idioteces y de idiotas”<sup>10</sup>.

Parece, una vez más, que países “avanzados” y “atrasados” viven procesos independientes, como si estuvieran situados en distintos puntos de una línea ascendente que conduce a la modernidad y al desarrollo material y espiritual. No se tienen en cuenta los vínculos de dependencia pasados y actuales entre ricos y pobres, sin los cuales ni el desarrollo económico de unos, ni el empobrecimiento de otros pueden ser explicados con rigor. A esos vínculos atendió la *teoría de la dependencia*; al ponerlos de manifiesto encontró una base sobre la que continuar hablando de lucha de clases, pero ahora en el escenario mundial.

### 3. La lucha de clases en el escenario mundial: la teoría de la dependencia.

La mundialización del capitalismo, que ya era evidente para el propio Marx<sup>11</sup>, justificaba un cambio de perspectiva para la teoría de las clases. Entre los años 60 y 80, la teoría de la dependencia ha mantenido que las plusvalías de los países del Norte provenían de la explotación de los países del Tercer Mundo. La lucha de clases se trasladaba a nivel mundial, sólo que ahora se hablaba de países explotadores y de países explotados. El desarrollo enorme del Primer Mundo y la depauperización correlativa del Tercer Mundo serían el resultado de esa relación de explotación articulada en estructuras económicas y políticas de alcance mundial: neo-colonialismo, fomento de monocultivos, deuda externa, expoliación de materias primas, comercio desigual, doctrina de la seguridad nacional, dictaduras militares impuestas, etc. Desde la teoría de la dependencia se rechazaba que la pobreza de los pueblos del Tercer Mundo fuera puro “atraso”, se negaba que esos pueblos pudieran salir de su miseria sólo mediante la aplicación de reformas internas porque sus propias economías eran “no nacionales”, simples piezas del engranaje económico mundial. Se hablaba, por eso mismo, de la necesidad de transformar el orden económico y político internacional.

En este contexto, se explicaba también que la conciencia revolucionaria se desarrollara entre las mayorías explotadas del Tercer Mundo. Los movimientos guerrilleros latinoamericanos eran la mejor expresión de esa conciencia revolucionaria, por mucho que su base social e ideológica no correspondiera del todo a la ortodoxia marxista.

Finalmente, aunque los análisis que efectuaba la teoría de la dependencia se realizaban en perspectiva mundial, se proponía una salida nacional del sistema

explotador. Un movimiento armado debía conquistar el poder político del estado, se desconectaría al nuevo estado revolucionario del mercado capitalista mundial y se establecería una alianza con el bloque socialista, del que se esperaba una cobertura económica, política y militar.

La teoría de la dependencia tuvo la virtud de situar el problema de la pobreza en el plano estructural y mundial. Sin embargo, hay que señalar también las limitaciones de este paradigma y, por lo tanto, las dificultades de una extensión mecánica del concepto de lucha de clases a la nueva sociedad mundial<sup>2</sup>.

1ª) La teoría de la dependencia ha puesto de manifiesto los vínculos de explotación realmente existentes entre el Norte y el Sur desde los inicios de la dominación colonial. Sin embargo, parece que ni el desarrollo económico del Norte se puede explicar sólo por la explotación del Sur, ni la pobreza del Sur es siempre el producto directo de la explotación. Hay que aceptar que también otros factores han determinado el despegue económico de los países capitalistas más ricos: innovación tecnológica, aumento enorme de la productividad, estabilidad política, paz social, etc. Hay, por otro lado, muchos países, regiones, o masas de población que ya no son siquiera explotados, no significan casi nada para la economía mundial, su mano de obra no interesa en absoluto y cada vez importan menos sus materias primas, si es que las tienen, porque las industrias del Norte las van sustituyendo por otros productos sintéticos. Tampoco son relevantes en el plano político una vez desaparecido el "peligro soviético". Si la situación de esos países y regiones marginados y olvidados responde a causas estructurales, entonces habrá que ampliar los conceptos de *dependencia* y *explotación* más allá de lo que significan en la tónica marxista.

2ª) La teoría de la dependencia, aplicando mundialmente la teoría marxista de las clases, pronosticaba un progresivo empobrecimiento del Tercer Mundo a causa de la explotación que padecía. Es cierto que, en los últimos años ha aumentado la distancia entre los ricos y los pobres del mundo y que algunos países del Sur son hoy más pobres que hace unos años, pero eso no vale para todos: los países exportadores de petróleo y, sobre todo, los países de reciente industrialización, -los "tigres" asiáticos, por ejemplo- en los que se explota brutalmente la mano de obra en beneficio de muchas empresas importadoras del Norte, han elevado ostensiblemente su nivel de vida no por haberse desacoplado del mercado mundial sino habiéndose insertado de lleno en él. Resulta significativo que incluso Cuba haya empezado a remontar su situación económica cuando ha abierto sus puertas al capital extranjero y ha puesto a disposición de las empresas canadienses, españolas, mejicanas, etc. su mano de obra bien formada, disciplinada... que no conoce el derecho de huelga. La reciente crisis de las avionetas ha sido un buen pretexto para intentar frustrar la recuperación cubana mediante un reforzamiento del bloqueo norteamericano que amenaza ahora a

los inversores extranjeros en Cuba.

3ª) La aplicación mundial de la teoría marxista de las clases deja sin explicar cual es el papel que juegan en el conflicto Norte-Sur las clases medias y las clases trabajadoras de los países más desarrollados. Hoy es bien evidente que los intereses de las clases medias, los obreros y agricultores de los países más ricos son opuestos a los de los trabajadores del Sur. Aquellas clases medias y trabajadoras del Norte son las principales defensoras del cierre de fronteras a la mano de obra emigrante y de las políticas proteccionistas de los productos en que los países desarrollados son menos competitivos (incluso a veces contra posiciones más liberalizantes de muchos empresarios del Norte). Sin embargo, también es cierto que la relación de los obreros y las clases medias de Alemania, Francia o Canadá, por ejemplo, con las mayorías pobres del Sur no se conceptualiza bien con la idea de *explotación* entendida como apropiación de plusvalías.

4ª) La teoría de la dependencia ha sabido abordar el problema de la pobreza desde una perspectiva mundial que ya es inevitable incluso para muchos liberales. Hoy desde posiciones liberales se habla también de sociedad global, se advierte que existen problemas que comprometen al mundo entero y que tan sólo mundialmente pueden ser abordados: la ordenación de las relaciones comerciales, el control de armamentos, el deterioro ecológico, el control de las turbulencias en los mercados financieros, etc. Las estrategias de liberación que se inspiraron en la teoría de la dependencia son hoy una vía muerta para los países pobres: una revolución socialista triunfante en un estado de la periferia sería apenas una reforma insignificante del sistema social mundial, en cambio, una pequeña reforma de las instituciones mundiales (BM, FMI, ONU) y del orden (desorden) económico mundial tendría efectos planetarios y revolucionarios para los más pobres si se realizara con una simple mentalidad democrática, es decir con voluntad de atender las demandas de las grandes mayorías de la humanidad. Ni que decir tiene que esa mentalidad democrática falta del todo en quienes asumen el hecho de la mundialización, pero piensan que las soluciones que hay que dar a los grandes problemas de la humanidad deben obedecer siempre la lógica del mercado libre y pasan por el mantenimiento del nivel de consumo de la minoría más opulenta. También entre los *fundamentalistas* del mercado libre se combinan a menudo la mentalidad mundial y las soluciones que, de hecho, son regionales.

#### **4. La lucha de clases en la sociedad mundial**

Volvamos a la pregunta inicial: ¿Hay que hablar aún de lucha de clases? ¿Podemos seguir conceptualizando la situación actual con esa noción marxista, aunque sea en el sentido que le dió la teoría de la dependencia? Después de lo que hemos ido viendo parece que se trata de una noción que deberá ser revisada y actualizada. El concepto de lucha de clases, tal y como aparece en el marxismo

vulgarizado entre las izquierdas en las décadas anteriores, encaja en una teoría de la sociedad y de la historia que deben ser revisadas. El desarrollo del capitalismo y la realidad de la nueva sociedad mundial nos obliga a un trabajo de re-conceptualización que no podemos realizar con simples recortes de teorías que fueron pensadas para otras coyunturas. Si queremos dar cuenta de nuestro tiempo tendremos que cambiar nuestro discurso, o al menos, deberemos forzar las viejas palabras para que digan lo nuevo que está sucediendo.

No se trata aquí de ofrecer una *nueva teoría* de las clases sociales en la actual sociedad mundial, que debería ser objeto de reflexiones más amplias y muy profundas. Antonio González ha dibujado con maestría los trazos de una protosociología adecuada a la nueva realidad social que abre caminos para un tratamiento actualizado del tema que nos ocupa<sup>13</sup>. También A. Guiddens, en sus trabajos sobre el desarrollo del capitalismo y sobre los sistemas de clases en las sociedades desarrolladas, ha realizado una revisión de las principales categorías marxistas (explotación, alienación, clase, conciencia de clase...) que pueden ayudar a fundamentar una nueva teoría de las clases en la sociedad mundial<sup>14</sup>. Siguiendo las aportaciones de ambos, y tomando en consideración también otras ideas de Xavier Zubiri e Ignacio Ellacuría sobre la realidad social y la historia, nos limitaremos tan sólo a apuntar algunas ideas que podrían contribuir a la redefinición del concepto de lucha de clases.

#### A.- *El nexos social y la lucha.*

La constatación de que haya lucha de clases y en su caso, su descripción y explicación corresponden a las ciencias sociales. No obstante, la protosociología nos descubre algunos aspectos fundamentales de la acción social y la realidad social que fundamentan la posibilidad -que no la necesidad absoluta- de que la sociedad se estructure en clases que luchan.

Las acciones humanas están siempre referidas estructuralmente a las cosas. Las cosas nos instan a actuar y son *recursos* para nuestras respuestas. Ahora bien, la acción humana en la realidad tiene un momento de socialidad que constituye el *nexo social primordial*. Este nexo se establece por el hecho de que los demás están presentes -se actualizan- en mis acciones aún si no tengo conciencia de ello e independientemente de mi voluntad. Esta actualización de los demás en las acciones humanas no es una mera presencia, sino que significa una "intervención", un "poder" de los demás sobre mis acciones: los demás "hacen" algo en mi vida, modulan mi acceso a las cosas, me permiten o me impiden recurrir a ellas, "delimitan el ámbito de cosas a las que tienen acceso mis acciones", determinan de ese modo el sistema mismo de mis acciones y confieren a las cosas su condición de "públicas", es decir, las capacitan como instancias y recursos de actuaciones humanas<sup>15</sup>.



El hombre realiza sus acciones con las cosas, con los demás hombres y consigo mismo. Por eso el hombre con-vive con otros hombres, no en el sentido de “estar con” los demás, sino que, dice A. González, la convivencia es un “con” de vidas humanas y de cosas públicas: desde la primera infancia, yo soy los otros, los demás están en mi vida, determinando mi relación con las cosas. Pero la convivencia, que puede ser ocasional, no conlleva siempre la constitución de una sociedad. La existencia de una sociedad implica, de entrada, la continuidad de los vínculos entre los hombres y sólo se constituye propiamente cuando las acciones se fijan en hábitos y éstas se estructuran en un sistema<sup>16</sup>.

Son *hábitos* los modos de habérselas con las cosas, las formas de vida que constituyen nuestro vivir, las rutinas que configuran el modo de relacionarnos con las cosas, con los demás y nosotros mismos. Pues bien, hay sociedad cuando las hábitos de unos hombres devienen funciones de las hábitos de otros, cuando los modos de habérselas con las cosas y con los demás de unos seres humanos están intrínsecamente determinadas por los modos de habérselas con las cosas y con los demás de otros seres humanos. Para que esta interacción se produzca no es necesario que haya conciencia de ella en alguno de los actores, no es preciso que exista en unos la voluntad expresa de actuar sobre las hábitos de los otros, no hace falta tampoco que se dé una comunidad de sentido (homogeneidad cultural) entre unos y otros. Un sistema de hábitos puede articular los más diversos modos de vida. La constitución del sistema social depende tan sólo de la presencia estructural (determinante, constituyente, podríamos decir) de las formas de vida de unos hombres en las formas de vida de otros. Antonio González ha mostrado suficientemente que la sociedad así entendida es lo que se ha mundializado: el sistema de hábitos ha adquirido dimensiones planetarias; existe por primera vez sobre la Tierra un único sistema de formas de vida, todo lo distintas que se quiera, pero estructuralmente referidas las unas a las otras.

Como hemos visto, en la sociedad no hallamos sólo hombres tratando con hombres, sino hombres que co-determinan sus relaciones con las cosas, organizan su producción y distribución. En el concepto mismo de la acción social aparece una pugna por el acceso a las cosas. Esta pugna puede dar lugar a situaciones en que unos hombres impidan que otros disfruten de determinadas cosas y satisfagan sus necesidades. Los demás pueden frustrar la realización de mis acciones impidiéndome el estado de fruición propio de las acciones satisfechas. La intervención de los demás en mis acciones puede producirme dolor, disgusto o aversión o me puede situar ante aquellas cosas que me dañan o me disgustan. Todo aquello que daña y destruye la sustantividad humana lo llama Zubir *maleficio*; producir *maleficio* en los demás es, en cambio, *malignidad*<sup>17</sup>.

Pues bien, el mal tiene un carácter social cuando el dolor infringido y las

actividades que lo producen se fijan como hábitos socialmente configurados. En efecto, pueden existir en un sistema social hábitos sociales, formas de vida, que signifiquen destrucción y muerte para una parte de la sociedad para la cual también la destrucción y la muerte prematura reiteradamente padecidas vienen a ser una rutina. Y ello puede suceder, por ejemplo, porque un sector social se vea sistemáticamente privado de alimentos, tierra de cultivo, agua, salud, bienes culturales, etc. El mal social no es, por lo tanto, algo que se refiera sólo a las relaciones entre los hombres, sino que se fundamenta en el hecho inevitable de que el acceso a las cosas, para bien y para mal, siempre depende de otros. Todo ello no quiere decir, que la resolución de esta pugna por las cosas sea siempre necesariamente la apropiación excluyente, el conflicto y la lucha: por el hecho de ser aprehendidas como reales, las cosas se abren a un sinnúmero de usos: pueden ser distribuidas de innumerables maneras, por ejemplo; por ser inteligentes, las acciones humanas siempre están abiertas a nuevas posibilidades: siempre podemos conducirnos de otro modo con los demás y con las cosas.

De todo lo dicho se desprenden algunas ideas importantes para nuestra reflexión sobre las clases sociales:

1º) Siempre el acceso a las cosas está socialmente determinado. La estructuración de formas de vida que constituye una sociedad decide como cada miembro de la sociedad, cada grupo social, podrá disponer de las cosas. Es posible una distribución de las cosas ajustada a las necesidades de cada uno; pero cabe también la posibilidad de que la estructura social signifique para parte de la sociedad algún nivel de privación, destrucción y muerte. La estructura actual de la sociedad mundial, por ejemplo, determina la pobreza y la miseria de la inmensa mayoría de los hombres.

2º) La lucha efectiva entre quienes se apropian de las cosas y quienes carecen de ellas, entre quienes, con sus formas de vida, causan daño a otros hombres y quienes los padecen sistemáticamente, no aparece de acuerdo con inexorables leyes históricas, pero constituye una posibilidad abierta en la constitución de cualquier sistema social. El egoísmo, la desigualdad y la lucha es, al menos en principio, tan "natural" como la igualdad, el acuerdo, la paz.

3º) Esa lucha no es formalmente una lucha de clases en el sentido marxista clásico: la explotación laboral del hombre por el hombre, en la medida en que signifique dolor y frustración para el explotado, expresa sólo una posible estructuración del mal social, es tan sólo una forma posible de dependencia y explotación y no siempre la más dañina. Guiddens ha preferido entender por *explotación* "cualquier forma socialmente condicionada de producción asimétrica de oportunidades vitales"<sup>18</sup>. Existen hábitos sociales que, sin implicar explotación laboral, marcan con el dolor, la exclusión y la muerte la existencia de seres humanos y de pueblos: pensemos en los hábitos de consumo del Primer Mundo que ponen

en peligro la viabilidad ecológica de la Tierra y comprometen el futuro de la humanidad entera y, especialmente, de los más pobres<sup>19</sup>; pensemos en las barreras psicológicas, legales y materiales que se alzan en el Primer Mundo contra los emigrantes del Sur (que paradójicamente son barreras a la explotación laboral y que, sin embargo, son también “explotadoras” por generar y aumentar sistemáticamente la desigualdad y la pobreza); pensemos, en fin, en la expansión mundial de las formas de vida occidental a través de la TV, el cine o la publicidad, que acaban con los estilos de vida y los valores que constituyen la identidad espiritual de los pueblos más humildes.

4º) Se puede entender ahora en qué sentido son “explotadoras”, las clases medias y obreras del Primer Mundo; se puede comprender también por qué sus intereses se contraponen a los intereses de las grandes mayorías miserables de Asia, Latinoamérica y África... Las formas de vida de las clases medias y obreras del Norte significan exclusión y pobreza en el Sur; esas formas de vida de los países ricos tan sólo se pueden perpetuar si se mantienen a su vez otras formas de vida de los pobres ligadas estructuralmente a ellas. Esta relación de dependencia entre las formas de vida de ricos y pobres se estructura de diversísimas maneras que significan siempre la producción asimétrica de oportunidades vitales para unos y para otros, los diferentes modos de enajenación y despersonalización de unos y otros. Todas esas relaciones serían relaciones de dependencia y de explotación en el sentido amplio que hemos tomado de Guiddens.

5º) La determinación social del dolor y la muerte no comporta automáticamente la formación de una conciencia específica de conflicto en quienes sufren y en quienes causan sufrimiento y menos aún una conciencia revolucionaria entre los oprimidos o excluidos. Es normal que muchos de los beneficiarios de un sistema social que genera profundas desigualdades no sean conscientes de los vínculos reales entre su bienestar y la miseria de los demás. Así mismo, puede suceder que el que sufre no tenga conciencia alguna de cuales son los mecanismos sociales que determinan su sufrimiento, es posible que ni tan solo sea capaz de identificar a los culpables de su situación; a menudo sucede que, en virtud de determinados valores morales o religiosos, los que sufren asumen como “natural” o “merecida” su situación sin alzar la voz ante sus opresores. El nacimiento de la conciencia de ser oprimido, de la necesidad de luchar por la propia liberación, son meras posibilidades que se realizan sólo en determinadas circunstancias que el análisis sociológico deberá establecer en cada caso.

6º) Finalmente, si la sociedad es una estructura de hábitos o de actividades humanas, está claro que la modificación de determinadas hábitos repercutirá en aquellas otras estructuralmente vinculadas a ellas, y que los cambios que afecten a las estructuras nucleares del sistema social -como por ejemplo, las

reglas básicas de los intercambios económicos- modificarán drásticamente la configuración de la sociedad entera. La liberación pasa por efectuar esos cambios fundamentales en las hábitos que condicionan la miseria de las mayorías. Adquiere pleno sentido la exhortación de Pedro Casaldàliga a los países ricos: "Sólo cuando el Primer Mundo se suicide en sus privilegios y en su prepotencia, podrá vivir humanamente el Tercer Mundo y podrá entonces el Primer Mundo recuperar su humanidad tan perdida"<sup>20</sup>.

#### B.- *La estructuración de las clases sociales.*

En cualquier sistema social se regula el acceso a las cosas, su manipulación, su producción y distribución. En la actualidad, el mercado es la estructura de hábitos económicos que determina la relación de la humanidad entera con los bienes de la Tierra: el mercado integra en un sistema único de interrelaciones a quienes lo hegemonizan, a quienes se someten a sus condiciones y a los forzosamente excluidos de él.

Guiddens afirma que "el mercado es intrínsecamente una estructura de poder en la que la posesión de ciertos atributos da ventajas a algunos grupos de individuos en relación a otros"<sup>21</sup>. Esos atributos son la propiedad de los medios de producción, la fuerza de trabajo, como señalaba Marx, pero también el conocimiento, la información, la formación especializada, la capacidad administrativa y organizativa, el poder de movilización social, etc. La posesión de esos atributos confiere a cada actor económico (individuos, empresas...) una "capacidad de mercado", un poder de negociación, de imponer las condiciones de la compra-venta, que aprovechará para intentar hacerse con la mayor cantidad posible de los bienes de todo tipo que el conjunto del sistema productivo sea capaz de generar.

La *diversidad de capacidades de mercados* es un hecho. Esta diversidad de capacidades determina un *proceso de estructuración* de las relaciones entre los seres humanos que da lugar a lo que Guiddens continúa llamando *clases sociales*. Guiddens no las considera entidades, sujetos o grupos sociales, sino que las ve como términos de los procesos de diferenciación social que se ponen en marcha en base a las diversas capacidades con que los diversos actores económicos compiten en el mercado. Los mecanismos básicos de la estructuración de clases son, según Guiddens, la división del trabajo, la distribución de la autoridad y la constitución de grupos de consumo. La diversidad de capacidades de mercado pone en marcha estos mecanismos de estructuración y ellos, a su vez, refuerzan las diferencias entre los actores económicos. Esos mecanismos, además, interactúan entre sí y se potencian recíprocamente.

Ahora bien, esos mecanismos de diferenciación y explotación característicos

de las sociedades capitalistas actúan hoy a nivel mundial. Tiene sentido, pues, hablar de clases en la sociedad mundial.

Sin entrar aquí en demasiados detalles, parece claro que algo tiene que ver la desigualdad y la miseria con los papeles asignados a unos y otros en la división mundial del trabajo. Las transnacionales, por ejemplo, reparten sus cadenas productivas según criterios que refuerzan las diferencias: a los países desarrollados les corresponde la administración, el diseño, el control financiero, la producción intensiva en tecnología y limpia en lo ecológico, a los más pobres les toca, en cambio, el suministro de materias primas, la producción más intensiva en mano de obra y más degradante para el trabajador, la más contaminante, etc.

Algo tiene que ver también la desigualdad y la pobreza con la distribución desigual del poder en el mundo: las grandes potencias de la economía mundial controlan las instituciones financieras mundiales que dictan las políticas de ajuste que padecen las mayorías empobrecidas del Sur; las transnacionales imponen a los gobiernos del Sur restricciones drásticas de los gastos sociales y condicionan sus inversiones en los países menos desarrollados a la exención de impuestos, la desprotección social de los trabajadores, la desactivación de las organizaciones sindicales, etc.; los grandes poderes financieros acumulan un poder tal de interferencia en el sistema económico que pueden provocar en cuestión de días la quiebra de un país, la devaluación de su moneda, el alza desorbitada de los tipos de interés, un estallido inflacionario, la recesión...

Por otra parte, los más poderosos no aceptan que los países menos desarrollados se organicen para reivindicar sus derechos (como ha sucedido, por ejemplo, en el caso de la renegociación de la deuda externa o en las negociaciones del GATT) y bloquean cualquier reforma democrática de las instituciones de la ONU que dé más peso a la mayoría de la humanidad.

Algo tiene que ver, en fin, la desigualdad con la constitución de los grupos de consumo en el mundo: los créditos más favorables, las tecnologías más avanzadas, las dotaciones para investigación científica, las grandes bolsas de pesca, la producción maderera, el petróleo, el armamento más sofisticado, etc, etc. son *sistemáticamente* reservadas para el consumo de los privilegiados. Se intenta siempre y se consigue casi siempre controlar por los medios más diversos (propiedad sobre las patentes, instrumentalización de las entidades financieras mundiales, imposición de acuerdos comerciales desfavorables, acuerdos de asistencia militar, etc) el acceso de los más pobres a todas esas cosas.

Aparte de esos mecanismos fundamentales de estructuración de clase, se podrían precisar muchos otros dinamisismos sociales en los ámbitos económico, institucional, político, cultural o ideológico, que contribuyen a la formación de clases antagónicas en la sociedad mundial y que determinan los diversos modos de alienación económica, política o cultural.

### *C.- La lucha de clases y la historia.*

Finalmente, una última reflexión acerca de la inserción de la lucha de clases en la historia humana. En el marxismo trasluce una concepción lineal y ascendente de la historia según la cual, la historia sería un proceso natural en el cual unos hechos desencadenan otros hechos de acuerdo con las leyes “naturales” de la dialéctica. Cada hecho es el resultado de una concatenación reglada de hechos. En el pensamiento de Marx y Engels el devenir histórico es el desarrollo de los dinamismos intrínsecos a la materia; cada etapa histórica incluye potencialmente la etapa siguiente: aunque esto no dependa de una ciega necesidad -cosa que Marx siempre excluyó-, lo cierto es que el desarrollo lógico y natural de la sociedad capitalista, de sus contradicciones internas, debería conducir la humanidad a una nueva sociedad sin clases.

En cualquier caso, se reclama a las fuerzas sociales progresistas que sepan estar, con espíritu combativo, en el lugar preciso y en el momento preciso, para aprovechar las tendencias intrínsecas al cambio propias del sistema social. En el capitalismo, corresponde a la clase obrera el papel de ser sujeto de su propia emancipación.

Este esquema modernizante, que el marxismo comparte con toda la filosofía moderna de la historia desde Herder y Kant, ya no sirve para conceptualizar lo que está sucediendo en este tiempo en que se hace imposible situar a la humanidad *entera* en una línea *única* de progreso hacia su emancipación, sea cual sea la manera de concebir lo que sea esa emancipación. Es ilusoria la suposición de que la historia tiene una lógica y una racionalidad intrínsecas según las cuales nos acercamos despacio pero inexorablemente a un final feliz.

Se hace necesario repensar lo que sea la historia a la luz de conceptos nuevos. Ignacio Ellacuría, siguiendo a Zubiri, expuso los principios de una filosofía de la realidad histórica que deberá ser tenida en cuenta en esa tarea de reconceptualización a que estamos obligados<sup>22</sup>.

Según Zubiri y Ellacuría, la historia es un proceso de transmisión de formas de estar en la realidad y un proceso de capacitación. Cada hombre monta su vida sobre esa tradición, aceptándola, modificándola o rechazándola. El hombre opta entre lo que puede hacer en cada momento, elige entre posibilidades. Las posibilidades elegidas devienen proyectos humanos, las acciones efectivas que realizan esos proyectos son los que Zubiri llama *sucesos*. Los sucesos no son lo mismo que los hechos. Estos son la simple actualización de las potencialidades inscritas en la naturaleza de las cosas. Los sucesos históricos, en cambio, son apropiación de la realidad como posibilidad, como lo que está efectivamente al alcance, lo que me capacita para hacer algo, lo que, siendo apropiado constituirá la base de nuevas opciones: “la persona con sus capacidades accede a unas posibilidades, las cuales una vez apropiadas se naturalizan en las potencias y

facultades, con lo cual cambian las capacidades. Con estas nuevas capacidades, las personas se abren a un nuevo ámbito de posibilidades”..<sup>23</sup>. Las posibilidades recibidas condicionan ineludiblemente nuestra vida, pero no la determinan absolutamente, sino que abren siempre caminos a la creación y al cambio. Así, el hombre va reconfigurando continuamente su manera de ser y de estar en la realidad en un proceso que no tiene un término asignado. Por eso la historia es un proceso de capacitación, de producción de capacidades humanas, de creación e innovación constantes.

La historia es ciertamente un proceso -cada nueva situación depende de las posibilidades abiertas en la situación precedente- pero eso no significa que deba tener una orientación y no otra. La acción humana no está unívocamente determinada, el hombre es un ser abierto, abierto a su realidad, abierto a la realidad, y la realidad -del hombre, de las cosas...- es siempre más de lo que cabe en cualquier sistema conceptual, da para mucho más de lo previsto por cualquier concepción de la historia. El devenir histórico es movido por un elenco de fuerzas naturales, biológicas, psíquicas, sociales, económicas, culturales, políticas, personales, cada una de las cuales opera de modo distinto y sigue sus propias leyes, que interactúan constantemente entre sí y constituyen un complejo imposible de dominar intelectivamente. Por todo ello, dice Ellacuría: “la necesidad histórica se presenta como azarosidad”, “la historia es irreductible a la naturaleza”<sup>24</sup>.

Desde esta manera de entender la historia, apenas esbozada, podemos insinuar otras ideas que también podrían ayudar a recomponer una teoría de las clases en la sociedad mundial:

1ª) La confianza en la fuerza revolucionaria de los más pobres debe formar parte más bien de la apuesta por el carácter abierto de la esencia humana, que de una concepción cerrada de la historia que conceda a los explotados y marginados un papel determinado que deban cumplir. Sólo así nos abstendremos de reclamar de los pobres que actúen de acuerdo con el papel que les toca en el guión de un drama que ellos no han escrito; así evitaremos recriminarles que no estén a la altura de sus tareas históricas; sólo así recuperan, como cualquier ser humano, cierta libertad para la generosidad y el heroísmo.

2ª) Si los explotados y marginados no son el sujeto de la historia, a quien corresponde esa función? Si de sujeto se quiere hablar, no hay otro sujeto que el cuerpo social entero constituido por el sistema de hábitos. La humanidad entera es hoy la que protagoniza la historia en la medida que da cuerpo a un sistema unitario de formas de vida. Las formas de vida de cualquier persona están integradas en ese sistema y, en la medida en que cada ser humano puede hacer siempre algo por cambiarlas, puede contribuir a cambiar también el sistema social. Por lo tanto, ningún hombre está libre de responsabilidad por el dolor, el hambre, la marginación, que puedan sufrir los demás, ningún hombre queda exonerado a

priori de la tarea de enfrentarlos y combatirlos.

3ª) Las teorías que logifican la historia acaban distinguiendo los *intereses inmediatos o aparentes* de los explotados y marginados y sus *verdaderos intereses*, sus *intereses objetivos*, aquellos cuyo satisfacción significaría un avance hacia los grandes objetivos que tiene marcados la Historia. Así se dice, por ejemplo, que las políticas neoliberales de ajuste responden a los verdaderos intereses de los más pobres, aunque estos tengan que sacrificar ahora la satisfacción de sus necesidades inmediatas; algo parecido sucedió en los países socialistas cuando los intereses mayores de la Revolución o del Socialismo justificaron todos los atropellos a las libertades y derechos individuales, de los grupos étnicos y religiosos, etc. Naturalmente, siempre existe una élite tecnocrática o partidaria que decide cuales son las necesidades objetivas de los más pobres.

En el fondo de la distinción entre *intereses inmediatos* y *objetivos* parece resonar a veces el eco del viejo prejuicio filosófico según el cual el interés es la tendencia a lo sensible, a lo que satisface temporalmente y, en cambio, la pura actividad racional es *desinteresada* porque no se somete a los deseos momentáneos del individuo sino que los subordina al conocimiento y la posesión de lo que en sí mismo es bueno, bello y justo. Algo parecido sucede cuando se exige constantemente el sacrificio de las necesidades inmediatas en nombre de una utopía de la razón, cuando la distinción, a menudo legítima, entre *lo que se quiere hacer* y *lo que se debe hacerse* se transforma en oposición sistemática y, entonces, sucede demasiado a menudo que hay que hacer lo contrario de lo que se quiere o se requiere perentoriamente.

Hoy, sin embargo, nadie tiene derecho a pedir a los que más sufren que renuncien a sus necesidades inmediatas para que resuene la gran melodía de la Historia; nadie puede exigirles que sometan sus luchas a la estrategia revolucionaria de una vanguardia que sabe lo que les conviene. Si la sociedad es un sistema de formas de vida, hay que aceptar que allá donde los empobrecidos y marginados -mujeres, desempleados, campesinos sin tierra, niños de la calle, refugiados, indígenas...- se organizan y movilizan para exigir la satisfacción de sus necesidades más urgentes -alimentación, salud, educación, vivienda, tierra, trabajo, etc.- se está poniendo en cuestión el sistema que no permite atenderlas.

Continúa siendo necesario, claro está, que los movimientos sociales y políticos analicen constantemente, en perspectiva global, las causas estructurales de las situaciones que combaten de modo que sepan golpear siempre donde mejor convenga; es imprescindible también que desarrollen su actividad transformadora y alternativa en todas las esferas (económica-laboral, política, institucional, cultural, ideológica...) del sistema social; hace falta, en fin, que esos movimientos de liberación sepan articularse de forma que se multiplique su capacidad de introducir cambios significativos en el sistema mundial. No se trata ahora de soñar con un Paraíso terrestre diseñado por la razón; se trata de luchar



por algo más modesto y perfectamente posible hoy, si tenemos en cuenta los recursos de que ya dispone la humanidad: un mundo donde cada hombre y cada mujer tengan, como mínimo, cubiertas con sencillez sus necesidades básicas.

<sup>1</sup> M. Vargas Llosa, *El perfecto idiota latinoamericano*. El País 11/2/96

<sup>2</sup> J. Villalobos Izquierda, *democracia representativa y mercado en América Central, La izquierda perpleja*, Zúik, 1995.

<sup>3</sup> J.G. Castañeda, *La utopía desarmada*, Ariel, Barcelona 1995.

<sup>4</sup> J.I. Calvez. *El pensamiento de Carlos Marx*, Taurus, Madrid 1966, p. 217ss. No podemos entrar aquí en el análisis pormenorizado de lo que dice Marx sobre las clases sociales. Sus posiciones sobre el tema presentan variaciones, correcciones e indefiniciones que aquí no podemos tratar en detalle.

<sup>5</sup> K. Marx, *Manuscritos: Economía y Filosofía*, Alianza, Madrid 1977, p. 108ss "En su trabajo, el trabajador no se afirma, sino que se niega; no se siente feliz, sino desgraciado; no desarrolla una libre energía física y espiritual, sino que mortifica su cuerpo y arruina su espíritu. Por eso el trabajador sólo se siente en sí fuera del trabajo, y en el trabajo fuera de sí. Está en lo suyo cuando no trabaja y cuando trabaja no está en lo suyo. Su trabajo no es, así, voluntario, sino trabajo forzado".

<sup>6</sup> En ello insisten las llamadas teorías tecnocráticas de Bell y Touraine entre otros. Cf. A. Touraine. *La sociedad postindustrial*, Ariel, Barcelona.

<sup>7</sup> - Marx. *Manuscritos*, Alianza, Madrid 1977: "Es evidente que cuanto más se emplea el obrero en el trabajo, más poderoso se hace el mundo extraño y objetivado que crea frente a él, y más pobres pasan a ser él y su mundo interior, al mismo tiempo que le pertenecen en propiedad menos objetos... El trabajo, ciertamente, produce maravillas para los ricos, pero para el trabajador produce desposeimiento".

<sup>8</sup> Dejamos al margen la imposición del socialismo en el Este de Europa.

<sup>9</sup> F. Fukuyama. *¿El final de la historia?*. The National Interest, El País, 1989.

<sup>10</sup> M. Vargas Llosa. op. cit.

<sup>11</sup> K. Marx. *El manifiesto comunista*, Ayuso, Madrid 1976, p. 27ss: "La burguesía, mediante la explotación del mercado mundial, ha transformado en cosmopolitas a la producción y el consumo de todos los países... El antiguo aislamiento local y nacional en que cada uno se bastaba a sí mismo deja paso a las relaciones universales, a una

interdependencia universal de las naciones. La burguesía ha subordinado los países bárbaros y medio bárbaros a los civilizados, los pueblos de campesinos a los pueblos de burgueses, el Oriente al Occidente".

<sup>12</sup> Algunas de esas limitaciones las señala Antonio González en su artículo "Orden mundial y Liberación" en DIAKONIA, 71 (Sept 1994) 50ss.

<sup>13</sup> Cf. Antonio González, *Un solo mundo. La relevancia de Zubiri para la teoría social*, tesis doctoral, Universidad Pontificia de Comillas, Madrid, 1994.

<sup>14</sup> Cf. A. Guiddens, *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*, Alianza, Madrid 1980.

<sup>15</sup> Cf. A. González, *Un solo mundo*, C. IV, 2.

<sup>16</sup> Cf. A. González, *Un solo mundo*, C. IV, 3.2.3

<sup>17</sup> X. Zubiri. *Sobre el sentimiento y la volición*, Alianza, Madrid 1992. "Todo aquello que promueve la desintegración o la desarmonía de mi sustantividad en el orden psicobiológico es justamente una *malefactio*, esto es, un maleficio". Cf. A. González, *Dios y la realidad del mal*, trabajo publicado en *Del sentido a la realidad*, Trotta i Fund. X. Zubiri, Madrid 1995.

<sup>18</sup> Cf. A. Guiddens, op. cit. p. 150

<sup>19</sup> Sólo algunos ejemplos: las hamburguesas norteamericanas se fabrican con la carne del ganado que se pasea por los pastos que han sustituido grandes masas de bosques tropicales; las prospecciones petrolíferas de multinacionales europeas en Ecuador han significado en los últimos años el desplazamiento de miles de indígenas de sus tierras de origen; para hacer compatibles las exigencias de consumo del Primer Mundo y la mentalidad "ecologista" de sus gentes para con sus respectivos países, se envían al Sur miles de toneladas de más tóxicos residuos, etc.

<sup>20</sup> Vg. Teófilo Cabestrero, *En lucha por la paz. Las causas de Pedro Casaldáliga*. Sal Terrae, p. 126.

<sup>21</sup> A. Guiddens, op. cit. p. 115.

<sup>22</sup> I. Ellacuría, *Filosofía de la realidad histórica*. UCA Editores. San Salvador 1990. X. ZUBIRI, *La dimensión histórica del ser humano*. En *Siete ensayos de Antropología Filosófica*, Universidad de Santo Tomás, Bogotá 1982.

<sup>23</sup> X. Zubiri, op. cit., p. 147.

<sup>24</sup> I. Ellacuría, op. cit., p. 564-ss.